

ENTREVISTA A FELIX PITA RODRIGUEZ

LO QUE VA MAS ALLA DE LOS SUEÑOS

Francisco Garzón Céspedes / OCLAE

*Este hombre que ahora, al ser entrevistado, afirma: “. . .cuando se vive lo que se crea es vida y no imágenes de la vida”; que hace algunos años escribió: “Si hay que morir para salvar la vida, / peleando por salvarla moriremos”; y que en el poema “Cédula” de su libro *Historia tan natural* (en proceso de edición), dueño de un sugerente tono lírico habla de sí mismo diciendo: “No sé si alguna vez fui un cerezo silvestre. / Tal vez fui nieve, mirto, vilano, lluvia fina; / acaso un verde, trémulo, insecto del rocío”; es uno de los escritores de mayor importancia dentro de la literatura cubana, una de sus figuras más totales y polémicas, cuya obra trasciende por los amplios horizontes imaginativos que recorre, por el cuidadoso empleo de un lenguaje donde el mejor lirismo predomina, por los valores humanos que encierra y por su compromiso con la realidad. Hablamos de Félix Pita Rodríguez.*

*Este hombre que ahora, al ser entrevistado, afirma: “. . .el fin último de la Revolución es construir un mundo a la medida de nuestros sueños más hermosos”; conserva toda la agresividad y la ternura, todo el ímpetu de cuando era el adolescente rebelde que se enrolaba, en la aventura renovadora que lo definiría, como uno de los pioneros del vanguardismo y de la poesía social en Cuba durante la década del 20. Pita Rodríguez nació en Bejucal, La Habana, en 1909; viajero infatigable; autor entre otros libros de poesía: *Corcel de fuego, Las crónicas, Las noches*; cuento: *Tobías, Cuentos completos*; ensayo: *Literatura comprometida, detritus y buenos sentimientos*; testimonio: *Viet Nam. Notas de un diario*; relatos infantiles: *Niños de Viet Nam* y de una de las más fieles versiones al castellano de *Diario de prisión de Ho Chi Minh*; es en la actualidad uno de los dos vicepresidentes de la *Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC)* y, además, preside dentro de ella lo que corresponde a literatura.*

¿Cuándo sintió por primera vez la necesidad de escribir y por qué ha escogido la literatura, a lo largo de su vida, como vehículo expresivo?

En el territorio deslumbrante de los recuerdos de infancia hay una provincia, como diría Marco Polo, en la que los recuerdos se amalgaman con los sueños hasta el punto de hacérsenos imposible la distinción. Por esa provincia debe andar la respuesta a la primera parte de esta pregunta. Por muy lejos que vaya, me encuentro siempre con el afán inventor llenándome por dentro. De entre esas brumas de imprecisiones, surge una imagen inconcreta, incontestable: comencé como comenzaron todas las literaturas, según nos ilustran las respectivas historias: mis inicios creadores fueron orales. Aquí los recuerdos adquieren ya un grado apreciable de precisión: estoy en mi pueblo natal, Bejucal, tengo siete, ocho años tal vez, y mi ocupación cotidiana en los atardeceres es contar cuentos, improvisados y, seguramente, nutridos con mis lecturas de entonces (especialmente Salgari), a un grupo de amigos más o menos de mi edad. También por entonces dicto mi primera obra “seria”, una novela de piratas, cuyo título, el nombre del protagonista, no he olvidado: *Koko Kimi*. Dicto, porque apenas sé escribir y mi letra es tan mala como mi ortografía. De todo este largo párrafo, puede sacarse la conclusión de que, hasta donde llega mi memoria, la necesidad de escribir estuvo siempre allí.

La respuesta a la segunda parte de la pregunta se desprende por gravitación del párrafo anterior: siendo para mí el escribir, o el inventar, *una necesidad* digamos tan natural, ¿tendría yo acaso opción a escoger otro vehículo expresivo? Sin duda que no. Hoy pienso que la involuntaria elección (involuntaria porque no la escogí yo), fue acertada, ya que considero que la literatura es el vehículo expresivo más rico y completo.

Usted fue uno de los pioneros del vanguardismo en Cuba. ¿Cuáles son sus recuerdos de esa etapa?

Aquel "pionero" era un adolescente de 17 años para quien el vivir constituía apasionante aventura, como para todo adolescente con inteligencia y sensibilidad normales. Y también como todo adolescente típico, tenía entre sus dioses tutelares a la audacia y la agresividad. Como era, no sé si afortunadamente o no, autodidacto total y por tanto rico de una ignorancia también total, la audacia y la agresividad tenían el mejor caldo de cultivo.

El vanguardismo literario era en Cuba, como en todas partes, una aventura llena de riesgos porque abundante en enemigos, y audacia y agresividad tenían vasto escenario para manifestarse. Viví, pues, aquel momento, como una aventura. (Lo que, entre paréntesis continuó sucediendo después. Ese *primun vivere* me parece en ocasiones que está rigiendo siempre dentro del montón de años vividos que llevo en mi morral.) Y como cuando se vive lo que se crea es vida y no imágenes de la vida, aquellos años y un buen racimo de los que le siguieron, dejan en la balanza un desnivel notable en beneficio de la aventura pura y simple, y en detrimento de la obra. Y me parece que si me colocaran otra vez junto al poste de arrancada, volvería a hacer lo mismo, pues hoy sigo pensando que es mil veces más interesante vivir que inventar imágenes que aspiran a reflejar la vida o a descubrirle la entraña verdadera. Si fuera posible escribir libros de memorias nonrados y fieles, sería una gran cosa. Pero eso no está en las posibilidades humanas, ya que los libros de memorias se escriben, no para resucitar el pasado con pelos y señales, sino para dar la imagen pretenciosa del hombre que hubiésemos querido ser. Pero volvamos a la pregunta.

Recuerdo aquella etapa, mirada por algunos desdeñosamente y por encima del hombro, como un momento de mucha importancia para las letras y las artes en Cuba. Se rompieron muchas amarras, se derribaron muchos ídolos, se abrieron muchas ventanas al mundo, y por ende, se creó el clima favorable para los que llegarían después. No dejo de esperar que algún día se valorizará, justipreciándolo, aquel instante decisivo. Tal vez no hayan quedado de él obras literarias de mucha importancia, pero lo que no es posible negar responsablemente es la tarea de desbroce y saneamiento que entonces se realizó. Negar a aquel grupo esforzado y audaz el pan y la sal del reconocimiento, sería, y es, la injusticia mayor. Hágase una excursión por las páginas de la *Revista de Avance*, el suplemento literario del *Diario de la Marina*, la revista *Atuei*, etcétera, y se sabrá cuánto deben a aquellos pioneros, los que llegaron después.

Durante la primavera de 1929 usted llegó a París. ¿Podría relatarnos algunos sucesos de su estancia en Montparnasse?

Montparnasse, aquel Montparnasse de la primavera de 1929, es un hito de mucha importancia en mi vida y, lógicamente, en mi obra. Acababa de dejar atrás la adolescencia —tenía veinte años al llegar a París— cuando caí (creo que es éste el verbo más adecuado para decirlo), en Montparnasse. Vivía el entonces aún barrio de los artistas, los años del crepúsculo de su esplendor. Todavía la sombra arquetípica del artista "maldito" y genial, Amadeo Modigliani, muerto en 1920, vagaba por "El Domo" y "La Rotonda", los viejos cafés de aquel real ombligo del mundo del arte. Aún era posible encontrarse en sus terrazas bulliciosas con Quisling, Foujita, Pascin, Ilya Erembourg, César Vallejo, Vicente Huidobro, Oliverio Girondo, Tristán Tzara, Edgar Varesse, Raúl González Tuñón, Roberto Desnos y las figuras más centelleantes del surrealismo. . . Aún era posible que una noche en "El Domo" le presentaran a uno, ceremoniosamente, a una mujer ya de muchos años, que caminaba apoyándose en un bastón, y luego añadieran en voz baja: "Fue un amor de Rainer María Rilke". . .

Eran, en fin, los últimos años del Montparnasse con el que soñaban todos los poetas y todos los artistas de las cuatro esquinas de la tierra. El barrio por el que vagaban, muchas

veces miserables y hambrientos, artistas y escritores aún anónimos, destinados a ser, unos años más tarde, artistas y escritores de renombre. Era, en fin, el barrio de Montparnasse una especie de andén de la gloria, al que tenían que llegar alguna vez todos los aquejados por la angustia centelleante de la creación.

Hay una anécdota personal, pero tan definidora de aquel Montparnasse que era un poco la patria de todos, que me excusa el contarla: “¿Por qué en lugar de beberse todo ese dinero en una semana de interminable festejar, no lo utilizó usted en hacer un viaje a Alemania, o a Holanda, o a Bélgica? Hubiese visto países nuevos y conocido a personas interesantes. . .” —me reprochaba una tarde el poeta y periodista Eduardo Avilés Ramírez, recriminándome por haber dilapidado miserablemente un montón de francos, no recuerdo por qué caminos de magia o de alquimia llegados a mis manos. Estábamos sentados en la terraza de “El Domo” y yo, con la desfachatada insolencia de mis veinte años, le contesté señalando a mi alrededor: “¿Y para qué ir a no importa dónde, querido Avilés, si toda la gente interesante del mundo viene a parar a Montparnasse, más tarde o más temprano? Mejor los esperamos aquí tomando Pernod.”

En aquel clima único de Montparnasse, me topé con el surrealismo, descubrí a Francois Villon y viví los años más ricos en experiencias humanas y literarias de mi vida. ¿Por qué no decir que los once años de mi aventura europea fueron los conformadores de mi vida y mi obra posteriores? En ellos se inserta precisamente el tema de la pregunta siguiente.

¿Qué significó para usted participar en el II Congreso de Intelectuales para la Defensa de la Cultura que celebró sus sesiones en la España agredida por el nazi-fascismo?

Claro que esta participación no fue accidental ni se produjo por azar. Ya en mis primeros poemas, de los años 26 y 27, está presente la preocupación, puramente emocional, desde luego, por la justicia social. El poema titulado “Saludo al compañero campesino”, fue publicado en la revista *Social* en 1927, y dos o tres poemas con la misma temática, en la revista *América Libre*, que dirigía Rubén Martínez Villena, ese mismo año 1927. Ya en París, en 1929, mis simpatías se inclinaron en el surrealismo escindido, hacia el grupo que proclamaba que este Movimiento debía estar al servicio de la Revolución. Y pasaba sin transiciones de la bohemia libérrima de los cafés de Montparnasse, a los actos de masas en la sala de la Mutualité y el “Vel d’Iv”, en apoyo de Thaelmann, de Prestes, de Dimitrov y contra el fascismo y el nazismo que surgía amenazador. Recuerdo mi emoción al desfilar en uno de aquellos años primeros de París, en el aniversario de la Comuna, en una masa de cerca de un millón de manifestantes que cantaban la Internacional en coro atronador.

No fue pues por accidente que en el año 37 se me invitara a formar parte de la delegación cubana al Congreso de Intelectuales a celebrarse en España. Trabajaba entonces en la Delegación de Propaganda del Gobierno español en París. La bohemia montparnassiana ya era cosa del pasado y el poeta surrealista, o que quería serlo, se había convertido en un trabajador para el que no había límites de tiempo.

Aquel viaje a España fue para mí, como para tantos otros delegados al Congreso, un camino de Damasco decisivo. Lo que poco a poco había ido madurando en las salas de la Mutualité y el “Vel d’Iv”, se concretaba ahora. En aquel II Congreso de Intelectuales para la Defensa de la Cultura, en el que voces, entre las más altas del pensamiento mundial, proclamaron que la guerra criminal contra el pueblo de España, no era más que el prólogo para la colosal agresión contra la humanidad que el nazi-fascismo preparaba, en aquella reunión integrada en su mayoría por los escritores más importantes del momento, se develó el futuro del mundo y se comprendieron por muchos, cosas que por otros caminos se hubiese tardado más en comprender, o no se hubieran comprendido nunca.

Aquellos días en Valencia y Madrid, en el “Congreso bajo las bombas”, como alguien lo calificó entonces, fueron de tremenda significación y están en la raíz de todo mi quehacer ulterior. La lucha del pueblo de España desde el 36 al 39, se convirtió para mí en piedra de toque para justipreciar acontecimientos posteriores. Y si hoy el caso vietnamita se me hace transparente en lo esencial, al pueblo de España y a su combate enorme, y a lo que sobre aquella lucha aprendí en el Congreso histórico, se lo debo.

En su libro de cuentos Tobías aparece un pueblo producto de su imaginación: Montecallado. ¿Qué le estimuló a crearlo?

Siempre he pensado y más de una vez lo he dicho, que el inventa-mundos, el creador literario, es generalmente y en alguna medida un no-estoy-conforme-con-mi-mundo, alguien que para dar el esquinazo a su escenario circundante, inventa uno con la dimensión de sus sueños. *Tobías* fue publicado en el año 1955. Hoy, cuando puedo mirar a ese libro con la perspectiva de los años transcurridos, se me hace evidente que Montecallado nació como un refugio ideal frente a la realidad cubana, sombría y angustiada, de aquellos años terribles que precedieron al alba de la Revolución. (Y que, entre paréntesis, es de tremenda importancia que no sean olvidados por los que los vivieron, y, de importancia aún mayor, que la Revolución los haga conocer a los jóvenes que llegaron después, e ignoran el alto precio en sangre y sufrimiento que hubo que pagar por el nuevo mundo en que ellos viven.)

Usted regresó a Cuba en 1959, procedente de Venezuela. ¿Cuáles fueron sus primeras impresiones acerca de la Revolución triunfante y qué le decidió a integrarse al proceso renovador que comenzaba en su país?

Las primeras impresiones fueron las de un real deslumbramiento. No de otro modo puede recibirse *Lo que va más allá de todos los sueños*, los aventaja y supera. Y no pasó mucho tiempo antes de que aún aquello, ya deslumbrante y casi increíble, fuese superado por la realidad revolucionaria, por su ritmo acelerado, conquistando cada día nuevas parcelas de futuro. Yo había salido de Cuba desesperanzado y pesimista. No creía posible ni lo menos. Y me encontraba con lo más, y siempre creciente y en desarrollo revolucionario. Lo estaba mirando y tenía que esforzarme para creer a mis ojos. En aquellos días lo dije en un poema:

Uno lo está mirando y no lo cree.
Es la Revolución que entra en las casas
para poner las cosas en su sitio.

Fue como la inmersión en la única agua lustral cierta: la Revolución en marcha. Recordaba un verso amargo y desolado de Leopoldo Marechal: "La eternidad fue su primer domingo." Y ahora sabía, de la mejor manera que pueden saberse las cosas: sintiéndolas, que cuando se vive dentro del torrente impetuoso de una revolución, todos los días del hombre caben dentro de ese símbolo alegre de la felicidad.

¿Podría haber algo que me decidiera a incorporarme, a integrarme, a lo que estaba en mí desde siempre, que constituía materia de mis sueños, que había visto durante toda mi vida como la meta de la lucha del hombre, y a la vez el punto de partida para la construcción por el hombre de un mundo con la alta dimensión de los sueños más hermosos? No era preciso que nada me decidiera a integrarme a lo que formaba parte del mundo de mis sueños: entré en la realidad revolucionaria con los ojos encandilados por su luz y desorbitados por el asombro —no hay que olvidar que yo veía aquella posibilidad para Cuba como algo tan lejano y difícil que casi estaba en el terreno de lo imposible— pero a pesar de ello, entré con la naturalidad del que franquea la puerta familiar de una casa amiga. Ya no era necesario continuar construyendo a Montecallado entre brumas y nieblas y dentro de una atmósfera irreal: ahora me resultaba bien fácil comprender que mi tarea central tenía que ser la de contribuir, en la medida de mis fuerzas y con mis armas naturales, a que la tierra firme de mi patria fuese el cimiento sólido de un Montecallado mil veces más hermoso, puesto que allí los sueños nacían de la materia diamantina de la realidad.

A su juicio, ¿cuál es en Cuba el compromiso o la responsabilidad de la literatura con la Revolución?

Mi respuesta a la pregunta anterior guarda estrecha relación con ésta. Si el concepto que se tiene sobre la significación total de la Revolución, es el expuesto en parte en el párrafo último de esa respuesta, ¿qué duda puede haber de la necesidad de una inexcusable subordinación de todo, esto está bien claro, de todo al fin último dependiente del triunfo absoluto de la Revolución? No veo la posibilidad de mantener posiciones intermedias, edulcoradas y sazonadas con ingredientes de transigencias y elasticidades, que no encajan ni se ensamblan con la voluntad de triunfo de la Revolución.

Si aceptamos que el fin último de la Revolución es construir un mundo a la medida de nuestros sueños más hermosos, ¿podemos aceptar a la vez posiciones y actitudes, que desmienten o niegan la existencia real de una voluntad de triunfo revolucionario? No puede haber divorcio entre el zapato y el pie si aspiramos a andar calzados.

No es posible dudar de que la lucha ideológica se prolonga y mantiene mucho tiempo después del triunfo de una revolución. Y Lenin es muy explícito cuando nos advierte que “el cadáver de la burguesía continúa apestando mucho tiempo después de que ésta muere”. Sería absurdo pretender que las irradiaciones de esta lucha, o las ondas pestilentes de ese cadáver, no alcancen, en mayor o menor grado, a todos los fenómenos sociales. Se está en el medio y no pueden ser eliminados rápida y completamente, pasando a formar parte de los factores contra los que es preciso luchar. En sus manifestaciones más burdas y groseras, pueden ser barridos relativamente pronto por el aire poderoso de la Revolución, pero las formas más sutiles, deslizantes y escurridizas, las enmascaradas y ocultas, ofrecen un combate artero, mil veces más peligroso, más persistente y obstinado.

Ante esta realidad incontestable, ¿es acaso posible discutir, desde posiciones revolucionarias pues las otras no entran en discusión, la necesidad de un compromiso de servicio revolucionario? Pensamos sin vacilaciones que no puede haber más que una respuesta.

Sobre la extensión y la hondura, las características y los métodos a emplear para dar funcionalidad al compromiso, no es posible exponer simplificando o esquematizando, ni cabe pretender encerrarlo en fórmulas milimétricas. Su tremenda complejidad obliga a decisiones y ángulos de enfoque dinámicos y variados. Pero el problema en su totalidad reposa sobre un eje maestro, acerca del cual no pueden aceptarse versiones personales. Este eje maestro podría representarse así: La Revolución, primero; todo lo demás, después.

Sobre esta base debe ser edificado el compromiso. Y nadie puede poner en duda, siendo como es cuestión de principios y en relación directa con la supervivencia misma de la Revolución, que todo cambio o variación es inaceptable. Los métodos de aplicación pueden ser discutidos o estudiados desde muchos ángulos, pero su esencia misma sólo puede ser objeto de debate entre la Revolución y sus enemigos.

La construcción del mundo nuevo plantea la formación previa, o simultánea, del hombre nuevo. (“Para construir el socialismo, hacen falta hombres socialistas.” Ho Chi Minh.) Y ha dejado de ser tema de controversia el de que esa formación de un hombre superior y depurado, es tarea aún más ardua, difícil y prolongada, que la colosal tarea de crear las condiciones, organizar y llevar a la victoria a una revolución.

Por el vasto radio de acción que alcanza a través o por medio de sus numerosas formas, la literatura participa en escala magna en la labor formadora del hombre nuevo. Su poder de penetración es incalculable y va desde el torrente apasionado de la emoción despertada, hasta los sutiles montajes ideológicos que se filtran subrepticamente. Y por la gran variedad de vehículos que la utilizan como materia prima, influye prácticamente sobre todos los miembros de la sociedad.

Si se acepta que estos lineamientos básicos plantean el problema con un enfoque revolucionario, aparece claramente una disyuntiva, frente a la cual el compromiso es ineludible: o la literatura pone su extraordinario poder de penetración al servicio de la ingente tarea de formar ese hombre nuevo indispensable para lograr el fin último de la Revolución, o se convierte en depósito conservador de la ideología muerta, cuyas emanaciones constituyen uno de los obstáculos más importantes para lograrlo. Sin tomar en cuenta aquí, porque esas formas están integradas a las armas del enemigo y como a tales la Revolución las enfrenta, a aquellas en las que se enmascara con mayor o menor sutileza la ponzoña contrarrevolucionaria.

Usted ha escrito dos libros sobre Viet-Nam y ha visitado esa tierra que califica de “sin par”, ¿cómo concretaría sus opiniones respecto a la gesta vietnamita?

Si se me pidiese resumir en seis palabras una opinión estimativa del hombre vietnamita, la daría así: “El mundo entero le es deudor.”

Creo que esta apreciación nos acerca a la realidad profunda. Si Viet Nam se ha convertido en símbolo, esto ha sido por haber establecido con sus hazañas, cualidades y condiciones, una nueva dimensión del hombre.

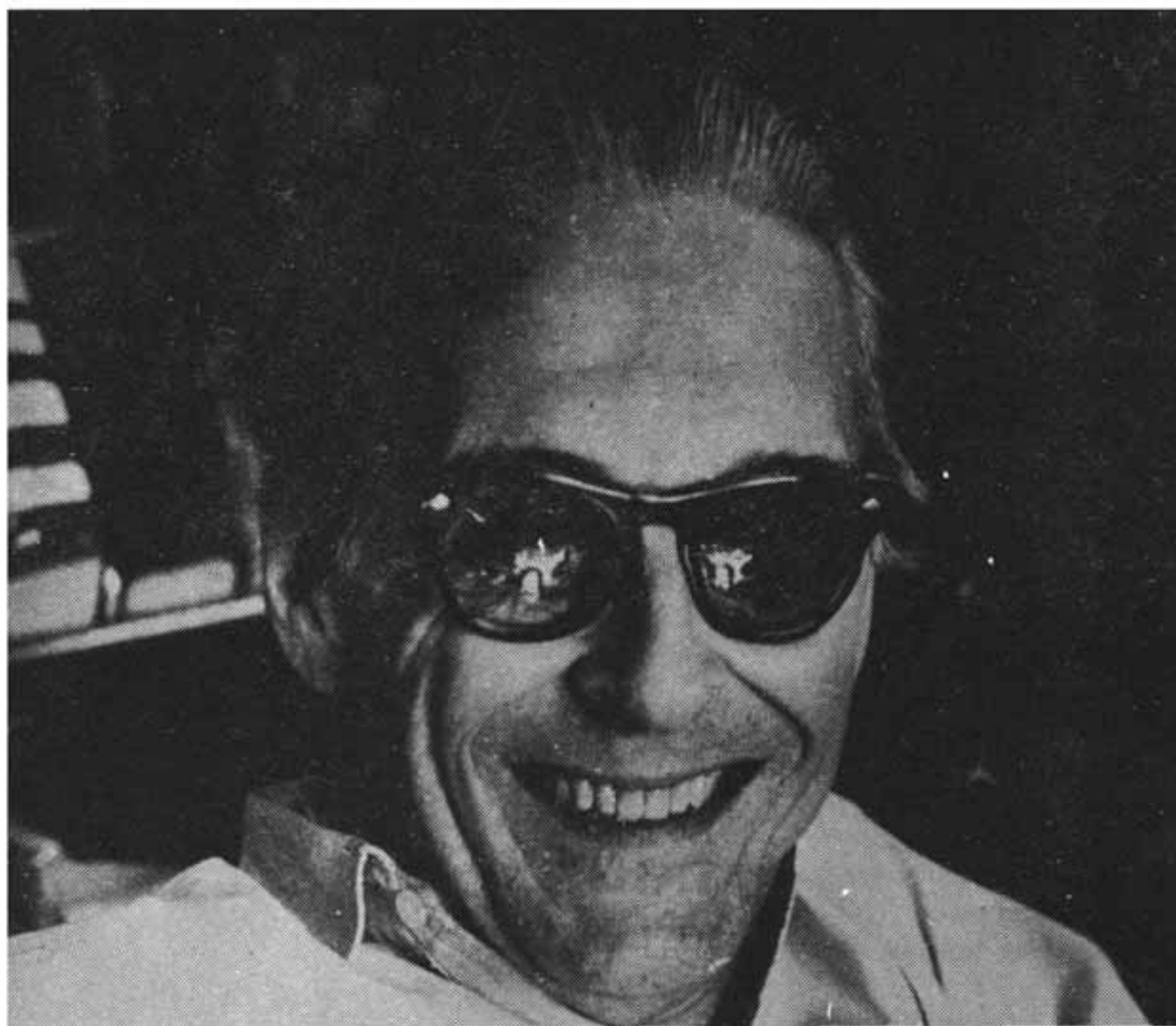
En otra ocasión escribí: “Un hombre basta para demostrar, con su gran estatura moral,

la posibilidad de la grandeza en todos los hombres. Pero cuando un pueblo entero, millones de hombres y mujeres, de ancianos y de niños se empujan monóticamente, para enseñar con sus vidas cuál puede ser la más alta dimensión del hombre, la irradiación de su ejemplo es tan vasta que la humanidad entera se hace su deudora. . . Si hoy es posible exigir de todos los hombres la magnitud del héroe, el pueblo de Viet Nam tiene que ser colocado a la cabeza de los pueblos que establecieron esta nueva medida del hombre. . .”

Considero que estas palabras resumen bien lo que opino sobre la gesta vietnamita.

¿Sería posible conocer sus planes futuros?

Planear, proyectar, imaginar cosas que realizaré después, ha sido siempre ocupación muy querida por mí. Si luego los realizo o llevo a cabo, esto pasa a ser secundario o accesorio. Si no recuerdo mal, fue Baudelaire quien me enseñó esto y se lo agradezco mucho. Pero la pregunta aquí me parece estar referida al quehacer literario. Y si es así, debo decir que, aparte de *Historia tan natural*, un libro de poemas que está editándose en estos momentos, estoy terminando un libro sobre Marco Polo, figura histórica que me ha apasionado siempre. Se trata de una especie de ensayo poético de interpretación de Marco Polo, por definirlo de alguna manera. Trabajo además en una antología de la poesía vietnamita actual; en una traducción del *Kieu*, de Nguyen Du, el gran clásico vietnamita; en un libro de relatos titulado *En el istmo*; en un largo relato *Aquiles Serdán 18*; en un libro de poemas en prosa, *Las noches*, una decena de los cuales fue publicado en un cuaderno de Ediciones La Tertulia; y en varios proyectos más. Y la lista continuará creciendo, sin duda, pues este mal de proyectar y soñar es grave y crónico en mí. Y creo que no tiene cura, afortunadamente.



POEMAS DE FELIX PITA RODRIGUEZ

BIOGRAFIA

Un día, no sé cuando, pero estoy tan seguro,
alguien dirá en voz baja:

Fue como un soplo quieto del aire más viajero,
ese que trae los altos recuerdos del futuro.
En la raíz más frágil de la niebla vivía
por privilegio oscuro.

Las huellas de la noche,
los pilares del viento,
y ese relieve apenas que las brújulas mienten
cuando la muerte pasa,
su corazón yacente conocía.

Los tenues visitantes que enmascara el rocío,
los delgados y enhiestos lanceros de la lluvia,
y la escarcha, ese grácil cáncer de la esperanza
que al corromperse intacto, propone el nacimiento
de los hongos del miedo y la nostalgia,
por concesión recíproca le amaron.

CEDULA

No sé si alguna vez fui un cerézo silvestre.
Tal vez fui nieve, mirto, vilano, lluvia fina;
acaso un verde, trémulo, insecto del rocío.

No sé si alguna vez fui un cerezo silvestre,
pero a veces un ámbito de ramas en el viento,
cierta expresión de alturas debatiéndose.

Acaso allí.

No digo que no fuera, ni digo que es posible:
estoy contando cosas que no tienen remedio.

RAZONES SUFICIENTES

*Porque a veces escampa
mucho antes
de que empiece a llover,
y porque en ocasiones
—muy contadas, es cierto—
se ha sabido de huellas
anteriores al pie.*

Porque textos antiguos testimonian
que alguna que otra vez,
se han visto sombras
proyectando cuerpos
con el alma al revés,
hay que tener cuidado:

*No es lo mismo
mirar que ver.*

De la sección "Pobres amigos"

GERARD DE NERVAL

¡Pobre rey de Aquitania
de la torre abolida!

Tanto jugar con fuego
y te quemaste.
¡Tenía que ser!

Bien te advirtió Musset:
"Il faut qu'une porte
soit ouverte ou fermée."

Y tú empeñado
en lograr ambas cosas
a la vez.

FRANCOIS VILLON

¡Qué niño tan anciano,
qué multitud tan sola, él!

CANTIGAS DE CAMINANTES

—VI—

Las cantigas del camino
han de ser como el cristal:
mires del lado que mires,
el otro siempre verás.

Cantigas de doble fondo
para un veneno ocultar,
aún siendo cantigas tienen
sucio oficio de puñal.

Con tu voz y tu tonada
la canción es tu canción.
Pero si debajo tiene
su nidada un escorpión,
ya ni es tuya ni es canción,
que es solamente la casa
donde vive un escorpión.

